

Una Tarde con Vallejo

* * *

PARIS, (10 Noviembre) — En esta ciudad, donde vive perenne la memoria de tanto personaje y tanto acontecimiento de eterna vigencia, un peruano puede realizar un peregrinaje que constituya, sin ceremonia alguna, un homenaje a César Vallejo. El poeta pasó aquí varios años de su existencia, y aquí, como premonitoriamente él mismo lo considerara, murió un 15 de abril, hace 28 años, durante la semana del duelo cristiano. Es en estas calles y estas casas, entre estos árboles y bajo estas nubes, donde uno puede alcanzar parte de la presencia real de aquel cholo triste y dulce, que con tan hondo quejido expresara la soledad del individuo contemporáneo y su sed de ser con todos para todos.

El itinerario no debe, por supuesto, tener un plan previo. No me propongo partir de la estación por donde él arribó a la urbe —la cual, de otra parte ignoro—, sino marchar por los lugares que frecuentó y citó, sin más documento para ello que el recuerdo de algunos de sus "Poemas Humanos". A un paso me queda la calle Ribouté ("Esa noche dormiste, entre tu sueño — y mi sueño, en la rue de Ribouté", le dice a Alfonso de Silva), y a ella voy. Es una vía estrecha, perpendicular a la calle Lafayette, centro de comercio y actividad bancaria. No es un barrio "intelectual", de fantoches y turistas, sino un sector poblado de gente que hace el país en su tarea diaria, sin pausas ociosas. ¿Cuál es el hotel —me pregunto— en donde ese sueño se llenó de otro sueño? Hay varios, y uno de ellos es demasiado elegante. Miro el interior de estos hospedajes, husmeo su aire viejo y acogedor, y vuelvo a la memoria. "El Hotel des Ecoles funciona siempre — y todavía compran mandarinas...", dice en otra parte del poema. En todo caso, el Hotel des Ecoles ya no funciona y sólo queda de él la poesía...

No es hoy un jueves, pero es otoño, como la época en que nuestro poeta cantara su propia muerte. Hubo aguacero en la mañana, y hubo, quizá, en el alma de muchos seres la misma tremenda intuición del taciturno mestizo. Marchando sobre las aceras húmedas voy hacia la Comedia Francesa para sentarme en el Café de la Regencia. "Cuando entro, el polvo inmóvil se ha puesto ya de pie", puedo decir como el amado compatriota. No encuentro la pieza recóndita, la butaca y la mesa que él nombra en su poema "Sombrero, abrigo y guantes", pero puedo palpar esa visión profunda y trascendental de sentir, en cambio, "el cómo qué sencillo, qué fulminante el cuándo!"

Busco, después, los castaños de París, porque a Vallejo la vida le gustaba "con mi muerte querida y mi café — y viendo los frondosos castaños de París", como escribiera en noviembre del 37. Ahí están: los contemplo, los saludo, los comienzo a querer, porque son el mejor monumento para su vida, su poesía y su perdurable ausencia. Ante ellos concluye este paseo, aunque podría tener su fin en el cementerio de Mount Rouge, ante su tumba. No hace falta más. ¿Tiene, acaso, tumba quien existe tan adentro de nosotros, quien deja una huella tan neta en el alma de quienes lo han leído, quien resucita cada vez que evocamos su obra como expresión de un espíritu representativo? El, como todos aquellos que hicieron palabra lo inefable, encuentra un lecho en cada corazón.

Sebastián Salazar Bondy